S. Cipriano

Gran libro de San Cipriano o los tesoros del Hechicero



AKAL/BOLSILLO

grimorios de s. cipriano
o los prodigios del diablo

---

los tesoros de galicia

---

triángulo para el desencantamiento
de los tesoros

---

relación de los tesoros
y encantamientos

---

espíritus diabólicos que infestan
las casas con estruendos y
remedio para evitarlos

---

poderes ocultos del odio
y del amor

---

hechizo del mochuelo para que
las mujeres puedan seducir
a los hombres

---

mágica del erizo

---

encantos de la lechuza negra

---

hechizo de la raíz del sauce

---

mágica de la flor del naranjo

---

mágica de los carozos del espino

---

mágica de los ombligos de venus

---

mágica del burro negro

---

receta para que los hombres
se vean obligados a casar
con las amantes

---

hechizo de la raya para unir amores

---

mágica del gordolobo
arrancado por un perro negro

---

mágica del lagarto vivo
seco en el horno

---

mágica de la palmilla
del pie izquierdo

---

mágica de la cera del cirio

---

fuerza mágica del pan de trigo

---

hechizo del amor fiel

---

remedio infalible
para deshacer amistades

---

arte de adivinar el futuro
por la palma de las manos

---

encuentro de s. cipriano
con una hechicera que estaba
haciendo erradamente el hechizo
de la piel de la culebra preñada

---

receta para que las mujeres
se libren de los hombres
cuando estuvieren hartas
de aguantarlos

---

receta infalible para que
las mujeres no tengan hijos

---

otra receta para no tener hijos

---

hechicería del bollo dulce
para hacer mal

---

receta para calentar
a las mujeres frías

---

poder de la cabeza de la víbora
para hacer bien o mal

---

mágica de la coneja preñada
colgada del techo

---

el anillo mágico y portentoso

---

manera de conocer
si la persona ausente es fiel

---

manera de conocer
quienes son las personas
que nos quieren mal

---

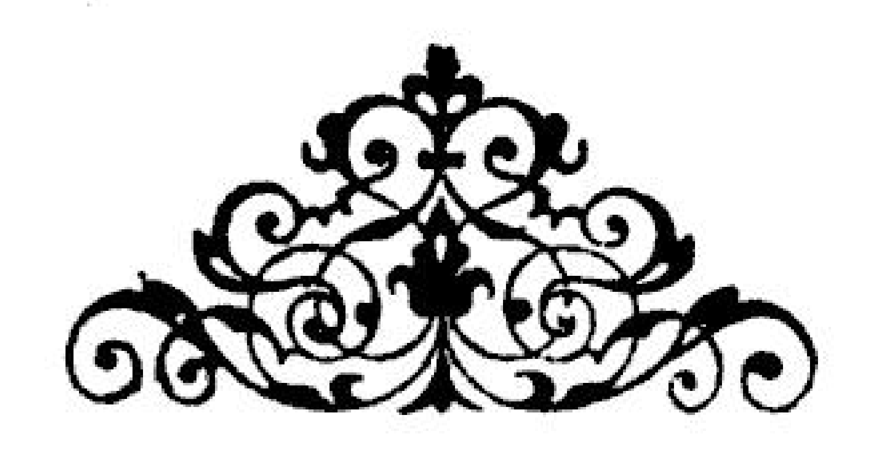
alquimia o arte de hacer oro

---

la hechicera de évora
o la historia de la siempre novia

---

hechizos diabólicos de lagarrona

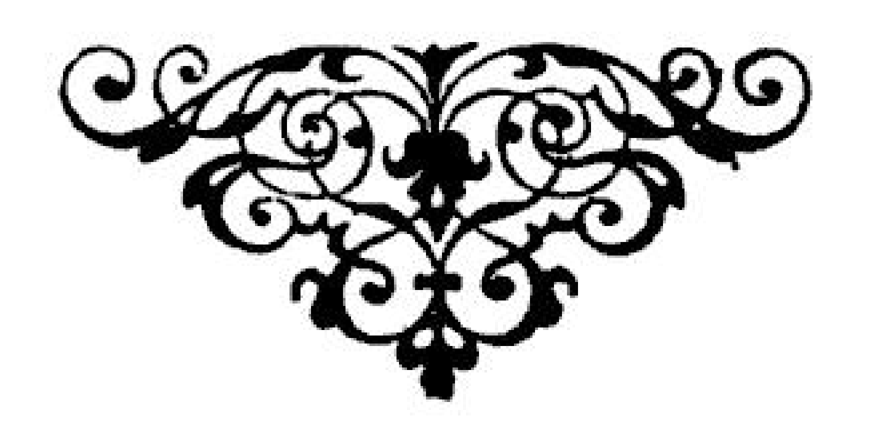


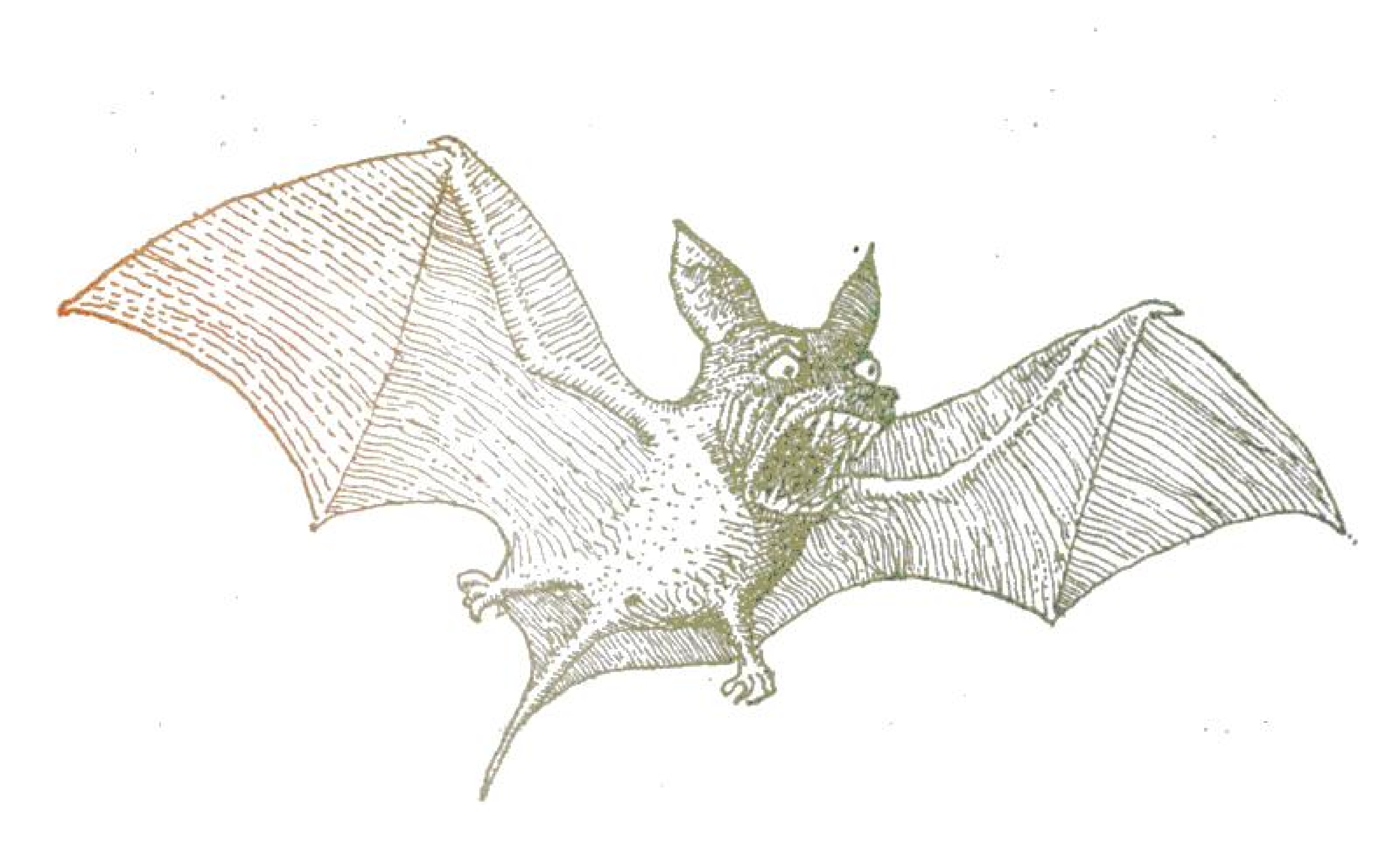
GRIMORIOS DE S. CIPRIANO

O

LOS PRODIGIOS DEL DIABLO

HISTORIA VERDADERA
QUE TUVO LUGAR EN EL REINO DE GALICIA





Capítulo I

DE un libro muy estimado en Francia, titulado *Las Ciencias Ocultas*, por Mr. Zalotte, sacamos la historia que vais a leer:

«Víctor Siderol era labrador en la aldea de Court, distante cinco leguas de París. Este hombre tenía una gran inteligencia, y comprendiendo que las tierras de su aldea no eran dignas de un roturador tan instruido, comenzó a dejar parte de ellas sin cultivo, por lo que tenía siempre unas cosechas muy reducidas.

Los agricultores, sus vecinos, que tenían una gran cosecha por San Miguel, le hacían muecas y le llamaban holgazán, apodo que cada día lo enojaba más.

Una tarde, sintiendo un inexplicable gran malestar al concluir una sementera, soltó los bueyes, dejó el yugo atravesado encima del timón del arado y dijo:

«Ahí te dejo para siempre, mi viejo arado. Que te lleve el diablo, así como a los demás aperos de labranza que tengo en casa».



Cuando Siderol acabó de proferir tales exclamaciones, oyó retumbar en el espacio estas palabras, que le parecieron salidas de la entraña de la tierra:

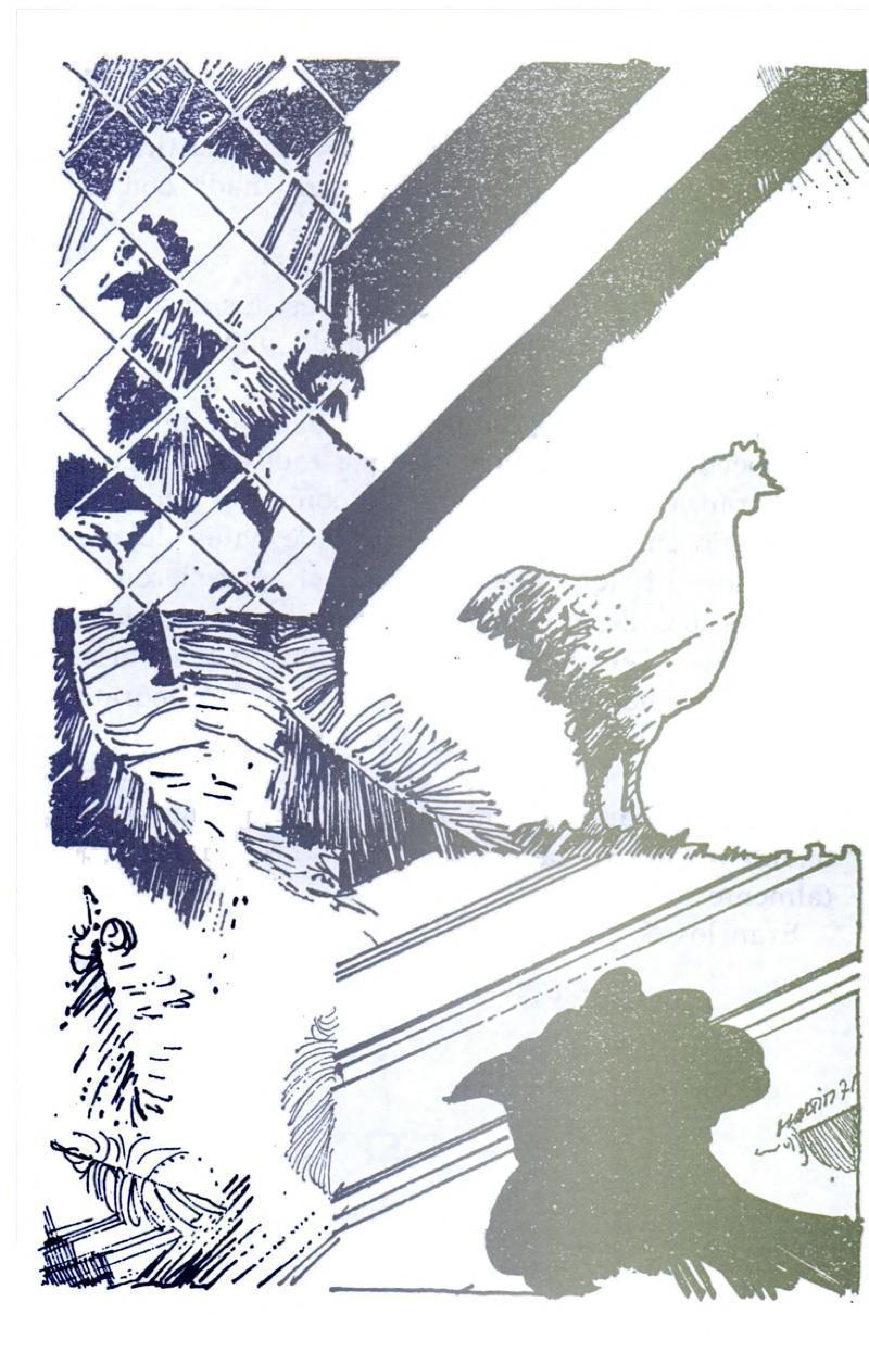
«Quítale el yugo, que yo no quiero nada con la cruz».

El labrador, temblando con el susto, colocó el yugo sobre el pescuezo de los bueyes, los ensogó y huyó para casa con los cabellos de punta, y casi sin habla.

Al día siguiente, al romper el alba, se levantó, fue al cobertizo de su casa y vio que todos los aperos de labranza habían desaparecido como por encanto. Se dirigió entonces al local en donde había dejado el arado y ni siquiera sombras de él aparecieron.

Pocos días después vendió la casa rústica y todas sus tierras. Terminada la venta, se dirigió a París, alquiló una habitación en la calle de San Honorato y, al levantar una tabla del piso para esconder el poco dinero que llevaba, encontró entre dos trabes un pequeño libro de grimorios del que ya había oído hablar mucho en su aldea, pero que desconocía totalmente.

Eran los *Grimorios de San Cipriano.*



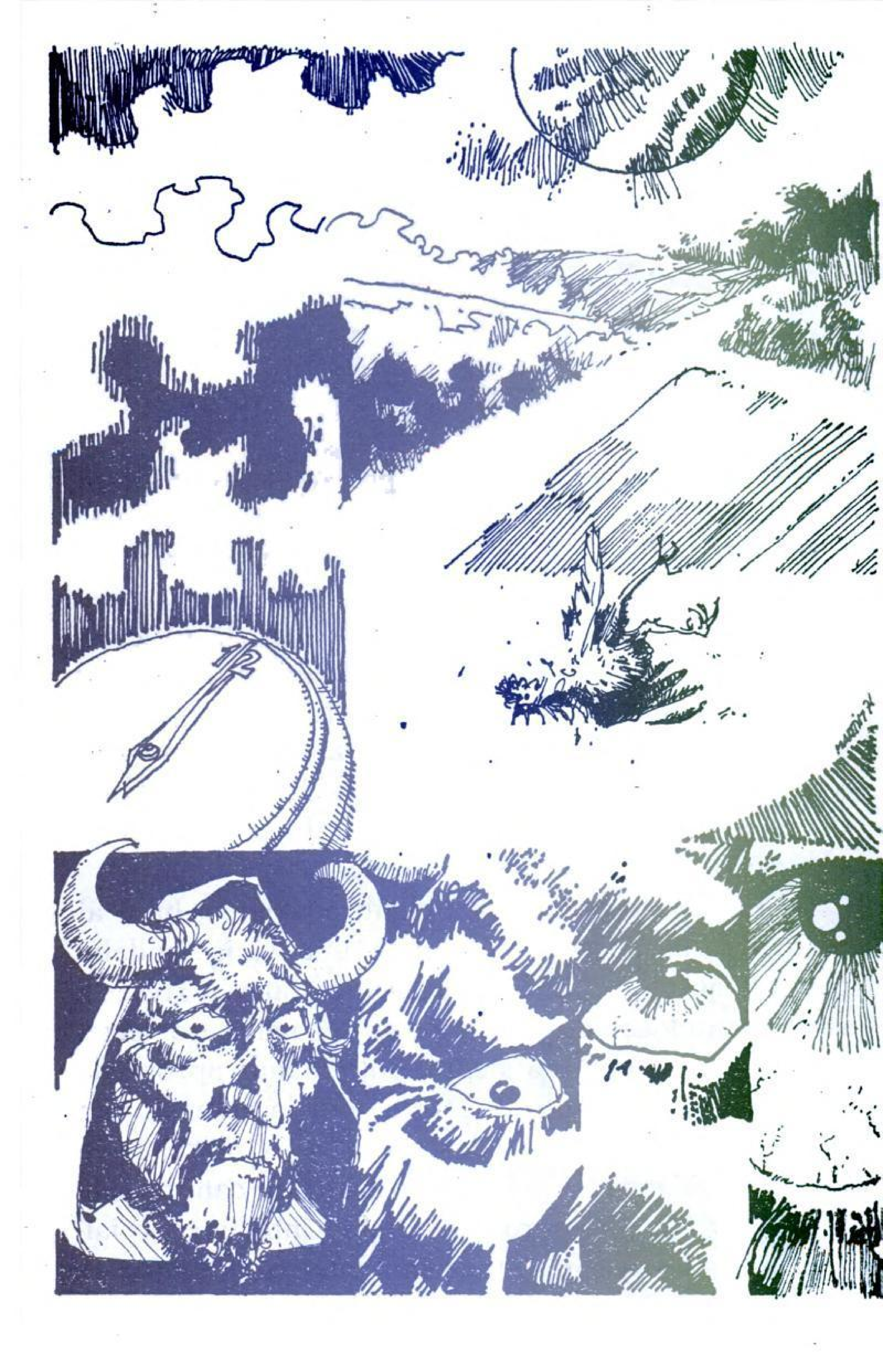
Capítulo II



N ese libro sorprendente vio Siderol que se podía poner en relaciones y estrechas amigas con el espíritu inmundo.

«Este comercio oculto, dijo Víctor, no es nada satisfactorio para un hombre de buenos sentimientos, mas tampoco deslustra la nobleza de persona alguna, y por ello tal vez haga yo mi fortuna pactando con Lucifer. El rey del Averno debe ser amigo mío, ya que tan liberalmente le di el arado y la colección de herramientas».

Después de estudiar bien el libro mágico, bajó al patio de su morada, en donde una vieja cuidaba gallinas que le producían excelentes huevos frescos, abrió cautelosamente la puerta del gallinero, echó mano de una gallina negra, totalmente apropiada para conjuros diabólicos, la sacó por la puerta fuera a pesar de sus cacareos desesperados, y marchó sin tardanza al lugar en que se cruzan los caminos de Revolta y Nevilly, porque el diablo infecta especialmente las cruces formadas por cuatro caminos.



En este sitio se paró, trazó un círculo con una vara de avellana alrededor suyo, puso la gallina en el centro, y a media noche en punto pronunció tres palabras que no os enseñaré ahora, porque tenemos bastantes espíritus tentadores entre nosotros, y no quiero incitaros, ya desde el principio de la historia, la fantasía para que aumenteis su número.

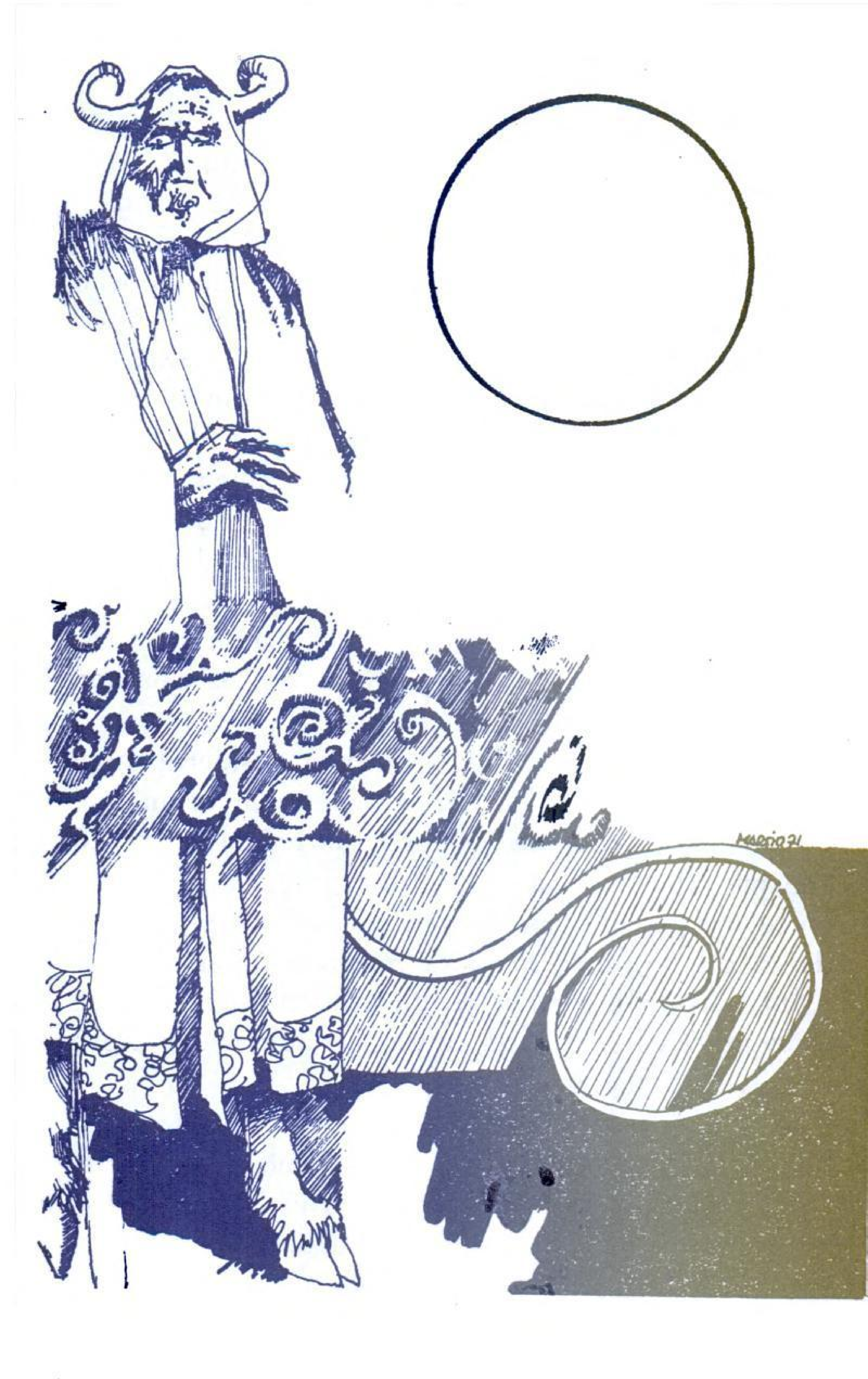
Tan pronto como pronunció las tres palabras, comenzó la gallina a patalear y murió cantando armoniosamente las alabanzas de Dios.

En este ínterin tembló la tierra e, inmediatamente después de esta convulsión, la luna, toda manchada de pintas de sangre, descendió rápidamente sobre la encrucijada de Nevilly, y, una vez que volvió a subir para su lugar, un gran señor apareció fuera del círculo, en el cual la virtud de las palabras mágicas le vedaba la entrada.

El corpulento señor, más alto que Siderol, algo así como el birrete de Sganarello, tenía grandes y retorcidos cuernos de carnero sobre la cabeza, un enorme rabo de mono que movía graciosamente por entre las piernas, pies de macho cabrío y, encima de todo esto, una cabellera recogida en una bolsa y un vestido escarlata engalonado de oro, porque es siempre en esta traza como el diablo acostumbra aparecerse a las criaturas.

Si alguna vez llamáis por él veréis, llenos de espanto, la figura como os acabo de mostrar.

Tan pronto como el aldeano vio este gran señor, se sintió acometido de un escalofrío; y ciertamente ningún hombre, por más atrevido que se considere,



tendría valor suficiente para mirar cara a cara al rey de los fantasmas. Una vez que el gran señor habló, le aumentó aún más el susto, pues el diablo tiene mucho de aterrador en el metal de la voz.

Después que el gran señor se calló, el aldeano quedó completamente aturdido y sintió fuertes embarazos para responderle, pues en verdad no tenía el ánimo preparado para conversar con tan extraña visita.

Sin embargo la pregunta dirigida a Siderol era tan sencilla como corta, y por ello nadie tendría nada que cortarle:

—¿Qué quieres tú de mí?

Esto es lo que el demonio acostumbra preguntar a quienes lo obligan a aparecer.

Siderol dudó mucho tiempo antes de resolverse a pedir, porque tenía muchas cosas en la imaginación que deseaba poseer, y en tales circunstancias quería escoger un objeto que lo hiciese venturoso, ya que es norma que el demonio sólo concede una cosa de cada vez a las criaturas que lo llaman.



Capítulo III



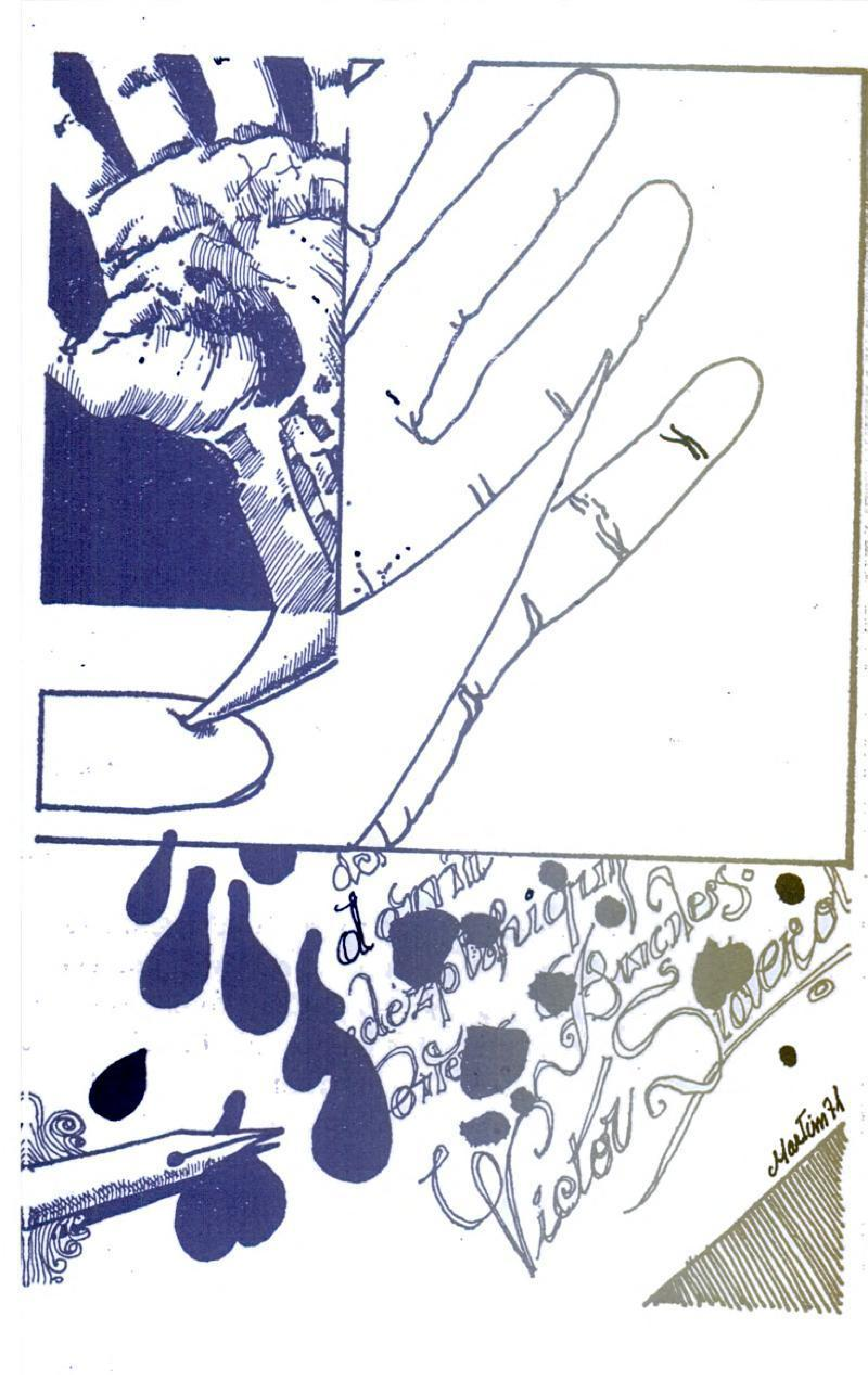
L francés tan pronto pensaba en una cosa como en otra, y no se decidía. Y el gran señor esperaba con aire sumiso y reverente a que él se resolviese finalmente y le dijese lo que pretendía.

El aldeano se acordó al fin de que el «futuro», para él tan rico, bello y seductor, había abusado de su buena fe, y que dependía ahora de su voluntad leer en él tan fácilmente como en el catón que de niño repetía en la escuela.

Pensó que el don de adivinar tenía unas ventajas que alcanzaban a todo, y por este medio regularía seguramente su conducta y sus actos, y podría por tanto llegar a poseer todos los bienes que imaginase.

Es así como, después de reflexiones y combates titánicos, consiguen los hombres resolver definitivamente sus predilecciones.

Un hombre del campo pediría que la nieve cubriese todos los campos próximos al suyo; un pobre sacerdote pediría el restablecimiento de los bienes



Victor
Martim 71

del clero; un déspota, la restauración del antiguo régimen; una vieja arrugada, el retorno de sus perdidos atractivos; un libertino deshecho, el rejuvenecimiento de su vigor pasado; un proveedor del ejército, la eternidad de la guerra; y un visionario, la inmortalidad, cosa que ningún demonio le podría dar.

Víctor ordenó, pues, al gran señor que le descubriese al oído el futuro, todas las veces que él se lo exigiese, en lo que el demonio estuvo de acuerdo de muy buena gana y con muy buenas maneras.

Sacó, pues, del bolsillo un trozo de papel rayado, en el que estaba escrito una donación en forma del alma del donador. Picó con su espolón el dedo meñique del labrador, que con su propia sangre firmó aquella escritura, y el diablo desapareció de su vista, después de hacerle una larga cortesía.

Mas el labrador, antes de resolverse a poner en práctica el arte que acababa de comprar a cambio del alma, se dio cuenta de que estaba sin comer y de que no se había acordado de traer dinero de casa.

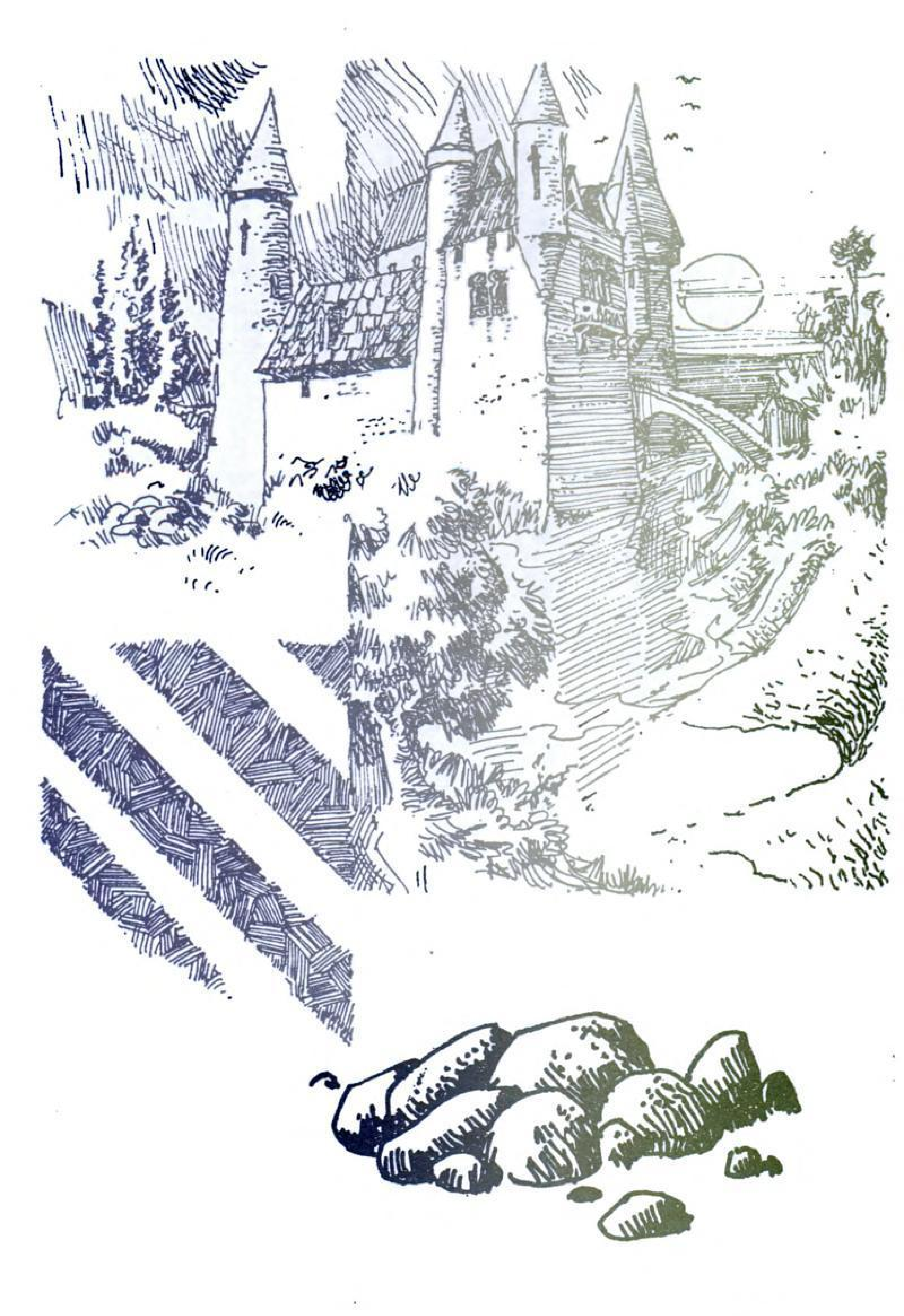
Preguntó, pues, a su demonio familiar en donde encontraría en aquel momento una comida que no fuese de nadie, pues aunque tuviese ánimo de darse al diablo, le faltaban fuerzas para robar cualquier cosa, por insignificante que fuese.

El espíritu le respondió:

En esta hora fatídica para la humanidad no conviene que llenes el estómago. A las cuatro de la mañana —le dijo el espíritu en voz muy baja— sal


4

de tu casa, marcha a la hora de salir el sol y encontrarás un montón de piedras. Una de ellas está labrada a modo de pilastra. Levántala y coge lo que allí encuentres.



Capítulo IV



L ex labrador no podía convencerse de que debajo de un montón de piedras podría encontrar comida preparada que no perteneciese a ninguna persona.

Sin embargo, como tenía la certeza de que el diablo no faltaba nunca a las promesas que hace a quien le entrega el alma, y un estómago vacío manda tener fe, hizo exactamente lo que mandó su oráculo.

Llegada la hora del plazo, se dirigió al lugar y anduvo mucho tiempo sin encontrar ningún montón de piedras, y, ya muy desesperado, llamó nuevamente a su diablo.

El espíritu malo le murmuró al oído:

Tienes aún poca fe en mi poder y por esta causa no encuentras las piedras de que te hablé. ¿Ves aquel palacio a lo lejos y aquellas piedras amontonadas al lado?

—Veo.

—Pues es allí mismo. Vete y come lo que quieras.


VINO
BLANCO
VINO
CANARIO
ROJO
SABÓIA
SABÓIA

Efectivamente, el aldeano encontró allí mismo lo que su estómago necesitaba.

Después de haber dado algunas vueltas encontró la pilastra, al pie de la cual estaba una palanca. Le dio la vuelta y encontró debajo tres trozos de tablas. Las levantó y encontró un agujero en donde halló un plato enorme que tenía dentro un pavo, dos gallinas y seis codornices asadas. Al lado de la puerta estaban dos grandes quesos, un pan y dos bizcochos de Saboya, limpiamente envueltos en un rico paño y dos botellas de vino de las Canarias.

El hambriento aldeano, extasiado ante tan bellas cosas, sacó de la faltriquera un pañuelo en el cual envolvió como pudo parte del contenido que había en el bienaventurado agujero y tomó su camino con pasos precipitados.

Al llegar a casa, comió con gran apetito las codornices, parte de las gallinas y parte del pavo, bebiendo las dos deliciosas botellas de vino.

Pero aunque el estómago ya no le pedía más alimento, Siderol no quería limitarse tan sólo a aquel placer.

Para conseguir el resto, llamó a su demonio y le preguntó si sabía en donde había algún tesoro escondido que no perteneciese a persona alguna.

—En las entrañas del monte Carballo hay una mina de oro desconocida.

—¿Y cómo podré explorarla?

—Con la cabalística de los moros.

—¿Y en dónde está?

—Yo te la daré enseguida. Pero, dime, ¿eres amigo de dar limosnas a los pobres?



—Soy.

—Pues entonces les darás todo el dinero que tienes, ya que mientras poseas aunque sea un solo céntimo, la tierra no se abrirá para darte la riqueza que se esconde en sus entrañas.

—Está bien —dijo el aldeano—, mañana haré salir de casa todo cuanto tengo. Pero dime, amigo mío Belzebú, ¿en dónde habrá otro tesoro más?

—En la aldea de Meirol hay una olla de diamantes que se abrirá con dos palabras de mi cabalística.

—¡Oh, señor mío, dímelas, pues!

—Espera —dijo el diablo—, primero sabrás en donde descansan los tesoros y después te entregaré la llave para abrirlos.

—Anda, amigo Lucifer, por quien eres dime ya en dónde está algún tesoro de modo que pueda explorarlo hoy mismo, y yo te prometo ser fiel por toda la vida y aún después de la muerte.

—¿No te dije ya, alma vendida, que primero tienes que dar todo lo que posees a los pobres?

—¡Ah, sí, sí! Perdona, mi buen amigo, mi bondadoso Satanás.

—Pues bien: un usurero de Bayona, que es el dueño de todo cuanto hay tres leguas para aquí de aquellas islas, entierra todos los años muchos cientos de doblones de oro en el interior de una dehesa que tiene en Baigreza. Por eso ya ves que allí habrá un rico tesoro del que te podrás apoderar fácilmente sin necesidad de usar palabras mías.

—Mas ese dinero es de su dueño y así no lo quiero yo. A mí sólo me puede servir el dinero que ya no tiene dueño.



—¿Qué te importan mis designios? Tu hoy eres completamente propiedad mía, y puedo ordenarte que hagas lo que me plazca.

Y en esto Lucifer se puso a murmurar unas palabras ininteligibles ante las cuales el aldeano cayó de rodillas y le pidió perdón.

—Sosiégate —le dijo Lucifer—, yo sé muy bien lo que me conviene hacer en tu beneficio. Este viejo usurero va a morir la noche que viene repentinamente; y como se esconde de sus parientes de quienes tiene miedo, ya que no lo han tratado bien, ellos no tienen ni tendrán nunca conocimiento de este tesoro, que esta misma noche quedará bajo mi poder, lo mismo que el alma del viejo de Bayona.

—Entonces, ¿en dónde queda esa tierra que guarda tal riqueza?

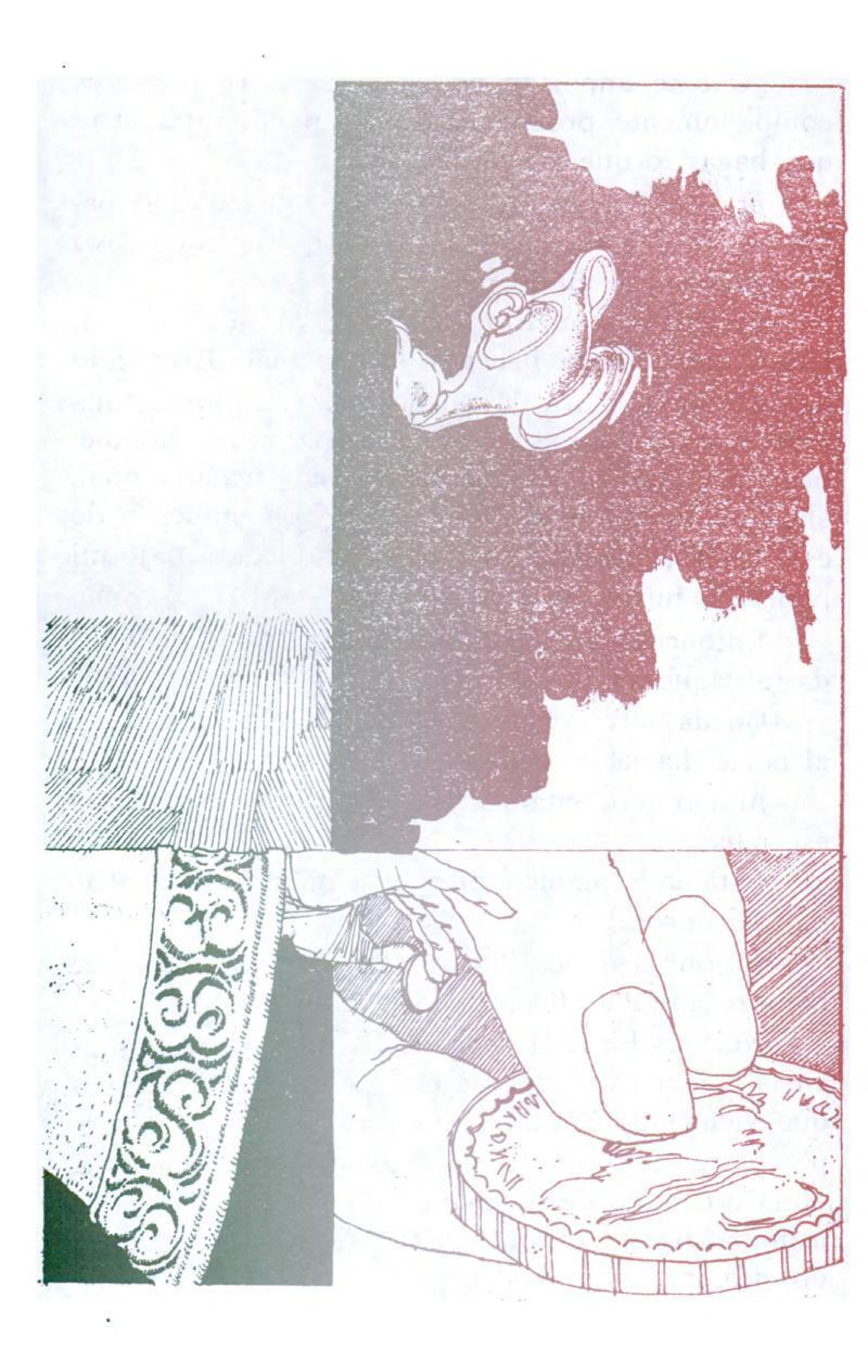
—Queda cerca de la carretera de Santiago, muy al norte, hacia las partes del mar.

—Amigo mío, Satanás, yo pregunto cómo se llama ese país.

—Está en la planicie hispánica, en el último extremo del norte...

—Entonces nunca llegaré allá, porque moriré de hambre antes de llegar a la mitad del camino.

—No seas loco. Al llegar a los Pirineos te sientas en la carretera y esperas que pasen los peregrinos que vienen de Roma a Compostela, aquellos viles perros rabiosos que nunca me quisieron vender el alma a cambio de mi ayuda. Puedes de este modo acompañarlos y encontrarás el tesoro del moribundo. ¡Anda, vete, sin demora!



—No, vete tú antes a descubrírmelo —le dijo el ex labrador con humildad.

—Yo no —respondió el diablo—. Nosotros no concertamos que yo lo hiciese. Tú me pediste el don de adivinar y ya lo tienes. Mis compromisos acabaron aquí.

—¡Demonio, demonio! Haré lo que me ordenas. Mas ¿no conoces algún tesoro más?

—Conozco. En aquel reino lejano hay más oro enterrado que en todas las otras provincias en donde se habla la lengua de los árabes y de los moros.

—Dime los nombres de los lugares, mi bondadoso Belcebú.

—Si consigues llegar allá con vida, pregunta por los pueblos que te voy a nombrar:

«Rubióz, Outeirello, Taboeja, Lañas, Infiesta, Hyga Buena, Guilhade, Sobroso, Pojeros, Budinhedo, Aranza, Guinza, Caritel, Mondin, Fraguedo Celleiros, Foçara, Borbem, Mondariz e...».

—¡Tantos, señor mío! —interrumpió Víctor Siderol, espantado de tamaña cantidad de tesoros.

—¡Muchos más! Hay en aquel país más de una centena de tesoros encantados. Encontrarás en ese país la riqueza de más de seis reinos. Vete, pues, a tu destino y llámame cuando precises de mi auxilio. Ya que me diste el alma, te he de hacer feliz.

—Pero, ¿cómo haré abrir la tierra para sacarle todo ese oro?

—Encamínate a los lugares que te indiqué, y aquí tienes esta linterna. Enciéndela siempre que desees alguna cosa y serás inmediatamente servido.



El antiguo labrador se despidió de Lucifer y se fue a distribuir entre los pobres todo el dinero que tenía. Cuando ya no le quedó ni un céntimo salió y atravesó una larga plaza. A pesar de ir distraído, pensando en el diablo, reparó en una tienda en donde había el siguiente letrero: «Se sortea mañana la lotería gaulesa».

Víctor pensó entonces alcanzar fortuna mediante un billete de lotería, pero no tenía dinero ni de donde le pudiese venir.

Ensimismado en este pensamiento continuó a pasear por las calles al azar, y como en aquel día terminaba el arrendamiento de su habitación, se recogió por la noche en las ruinas de una casa vieja en el arrabal de S. Martín.

Como la noche estaba oscura encendió su linterna. Vio repentinamente al pie de un quicio de la puerta, carcomida por el tiempo, una moneda de oro de la era de Clovis I.

Siderol quedó grandemente sorprendido, porque ya se había olvidado de las virtudes que el demonio le había dicho que estaban acumuladas en la linterna.

Guardó el dinero y de mañana muy temprano llamó al diablo en su auxilio y le preguntó con cierto aire de humildad:

—Amigo mío, ¿cuáles son los números que van a ser más premiados en el juego de hoy?

—Los cinco premios mayores —le dijo el demonio— salen hoy en los números 7, 32, 49, 65, 81.



—¿Y los otros premios? ¿No sabes en qué números van a caer?

—Sé. Mas esos déjalos para los pobres, no seas ambicioso, no quieras todo para ti.

Se conformó el aldeano con la respuesta de Lucifer y fue a comprar un billete. Le dieron el número 7. El tendero, cuando Víctor hubo pagado, comenzó a reirse de él con cara de gran bellaquería.

—¿Por qué se ríe el señor de esa manera?

—Porque ese número no va a salir —respondió el lotero, riendo aún más.

—¡¿Sí?!... ¡Pues ya lo verá!

Y Víctor Siderol salió de la tienda cumplimentando al cambista con toda urbanidad.

De hecho, al mediodía se extrajeron los premios y la diosa Fortuna cumplió sus decretos, porque el diablo usó de toda la fidelidad en el cumplimiento de sus deberes.



Capítulo V



QUEL afortunado billete le aseguró setenta y cinco mil cuños de oro que corresponden a doscientos cuarenta millones de reales.

Cuando Siderol volvió aquella tarde al lotero, ya éste no se reía. Le ofreció una silla para sentarse y le pagó el premio.

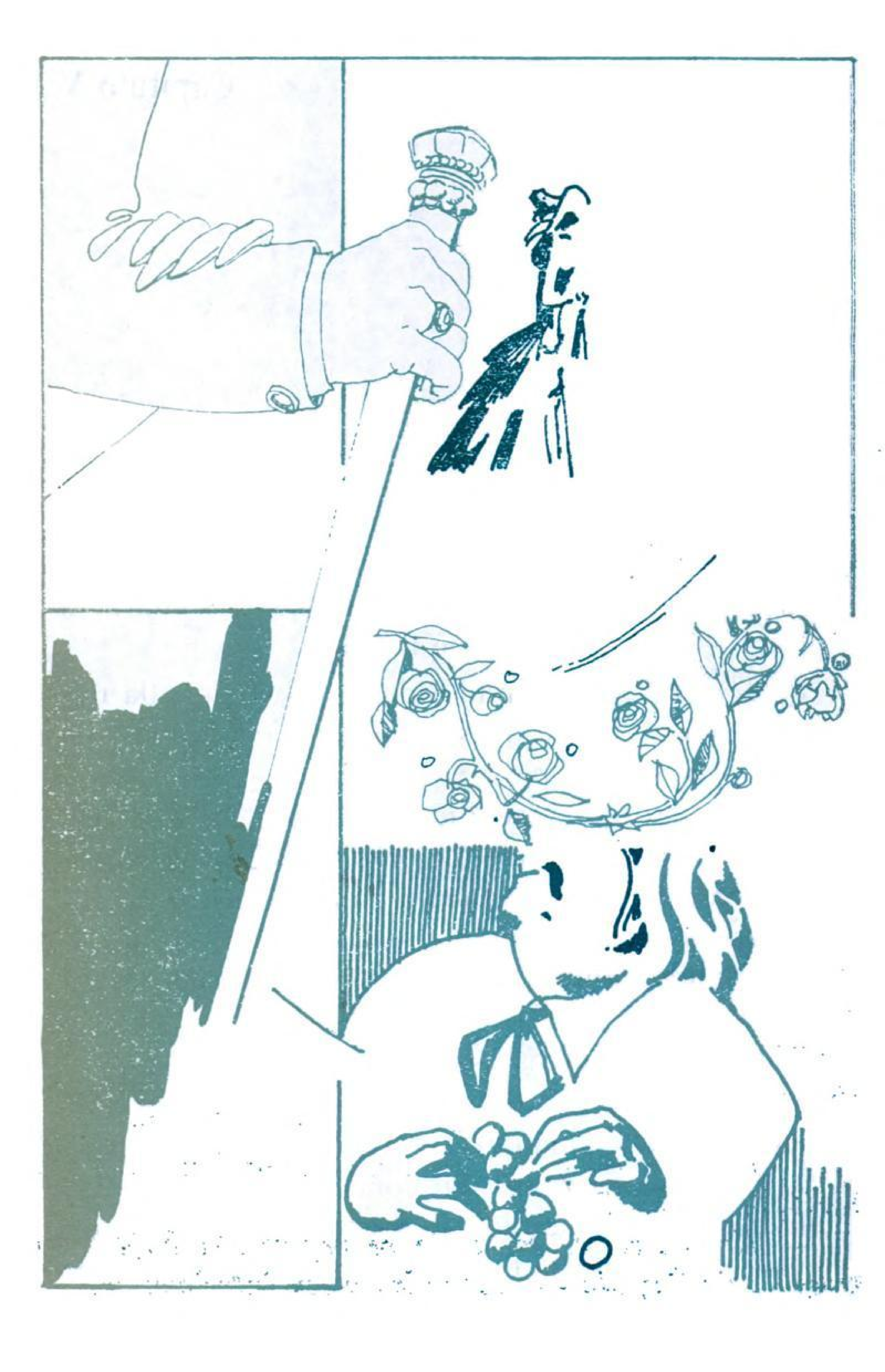
Lo primero que hizo Víctor fue ir a comer a una casa de comidas de las mejores. Después de comer como un príncipe se dirigió a casa del sastre, se vistió con la mejor ropa que encontró, se afeitó, y, aposentándose en un buen hotel, llamó a su protector Lucifer.

—¿Qué más deseas? —preguntó el diablo.

—Amigo mío, ¿en dónde encontraré una doncella nueva, guapa y amante?

—En el teatro griego, en donde se representa hoy una tragedia de Esquilo —respondió su interlocutor.

El hijo querido de la fortuna llenó las faltriqueras de oro y se fue al lugar indicado.



Era el primer teatro que tuvieron los franceses. Entre gran número de personas, en su mayor parte nobles, encontró allí dos mujeres, una ya de edad y otra en el esplendor de la mocedad, cuya compostura pareció al enamorado labriego lo más seductor que en el mundo se podía imaginar.

Se aproximó a ella con el desembarazo que inspira la opulencia. La joven lo recibió con gran timidez; fingió una cara de ingenua y con algún esfuerzo consiguió ponerse un poco colorada.

Víctor quedó satisfechísimo al verla así con un aire tan honesto.

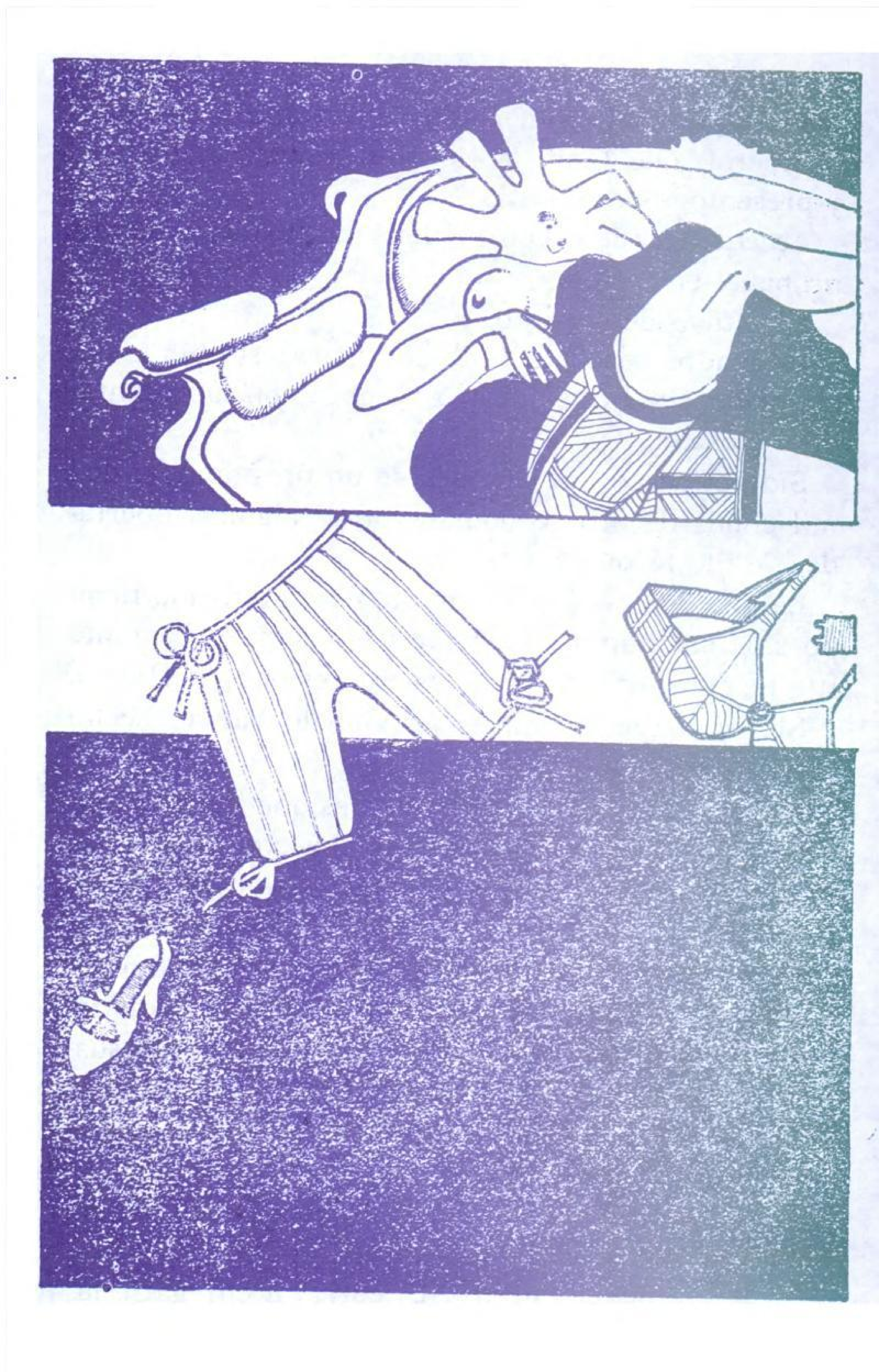
Le declaró sus intenciones y ella le respondió con excesivo candor. La vieja, que se hacía llamar *madre*, se acercó a ellos y dijo a Siderol que tenía mucho gusto en la unión de la chica con tan distinguido caballero.

Acabada la representación, Siderol, viéndose tan bien acogido por ambas mujeres, ofreció el brazo a la joven, lo que ella aceptó sin el menor reparo.

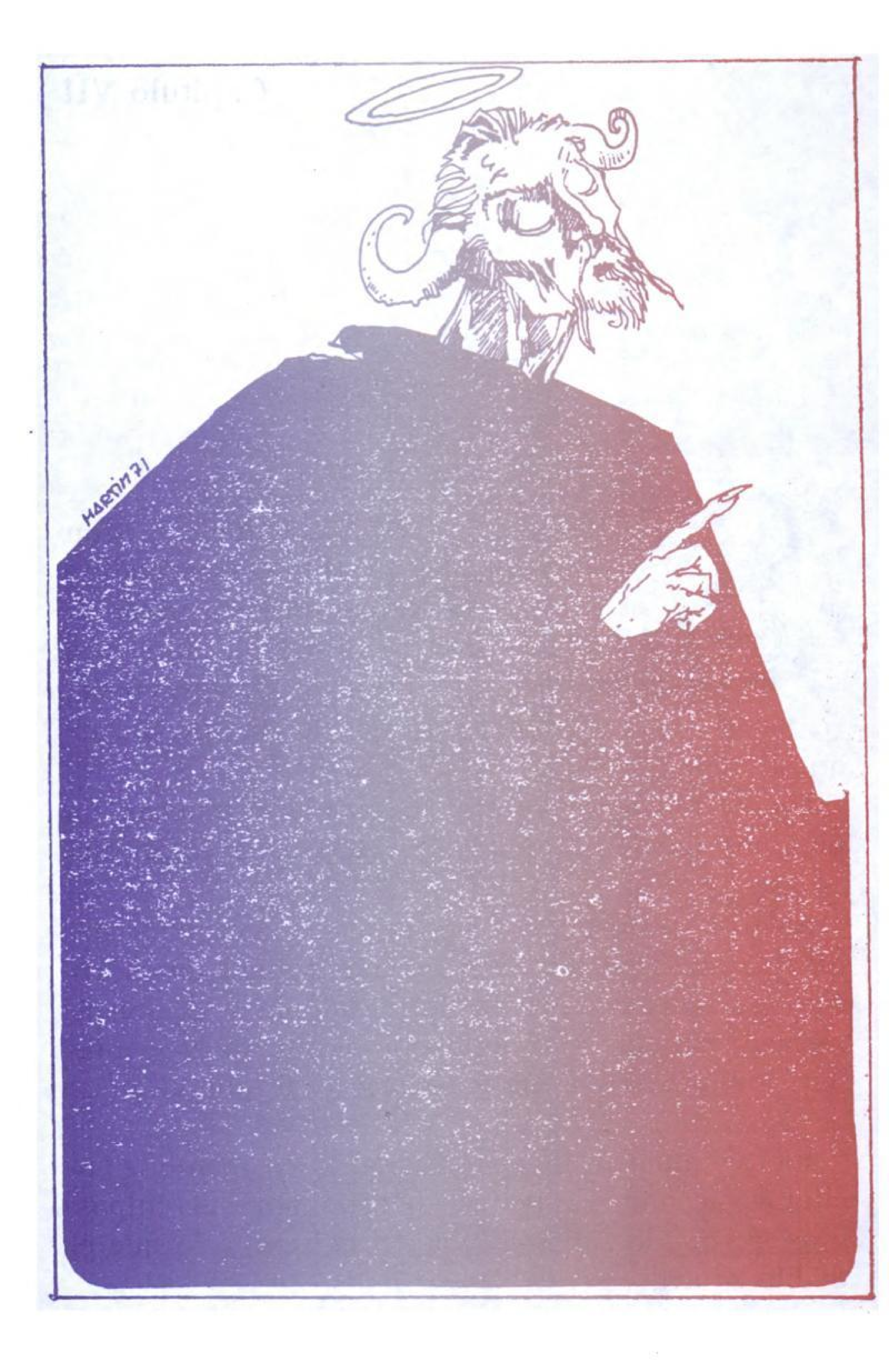
Una rica litera los esperaba en el vestíbulo del teatro. Después que llegaron a casa, ellas lo convidaron a cenar y lo sirvieron con toda la cortesía y urbanidad del mundo.

Durante la cena supo Siderol que aquellas señoras eran provincianas y estaban en París tratando de arreglar una herencia, y le dieron a entender que el juez no recusaría recibir dos mil cuños de oro para resolver el pleito a su favor.

Víctor les ofreció gallardamente aquella cuantía. Ellas, sin embargo, lo rechazaron con cierta reserva




MARTIN


MARTIN 71

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

meñique con este espolón córneo que aquí te entrego.

Y Lucifer arrancó su espolón, entregándolo a Siderol.

—¿Y después? —pregunto éste.

—Después firmarás este papel con tu propia sangre...

—Más, yo ya te doné el alma; ¿qué más existe, pues, en mí que pueda agradar y ser útil a mi bondadoso protector?

—Escucha con atención: En este papel está declarada la venta del alma de tus hijos que nacieren luego que seas rico. Porque tú te casaras con una mujer muy paridera.

—Más...

—¿Dudas?... ¡ ¿Firmas o no?!

—Firmaré... Pero, ¿y después?...

—A la media noche, como te dije, posará un cuervo sobre la montaña. En el lugar en que él escarbe es en donde está el primer tesoro.

—Pero, ¿con qué palabras haré abrir el seno de la tierra?

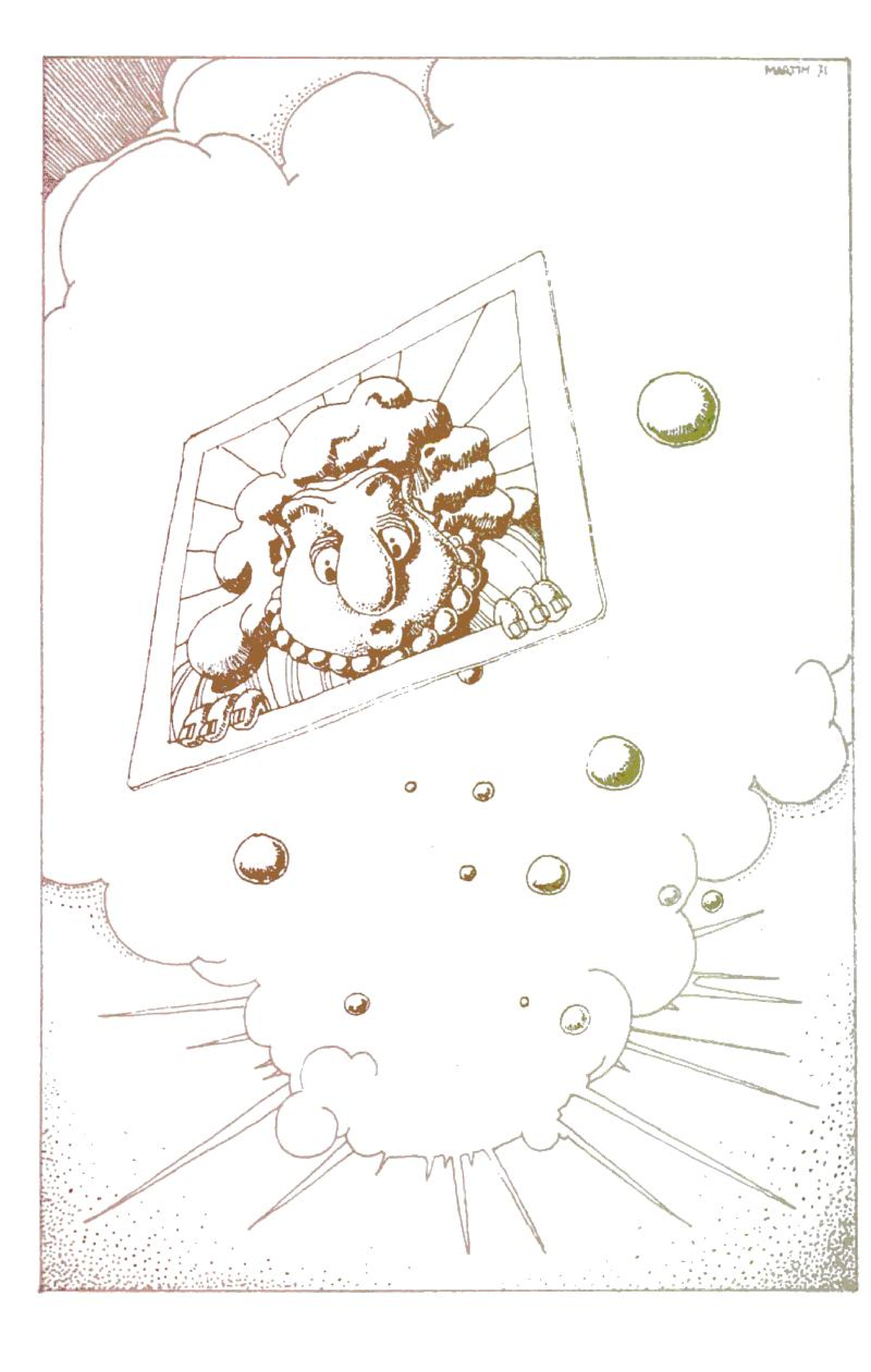
—No te las diré aún, porque temo que se abra la tierra contigo. Anda, vete.

temía el contagio de su marido y quiso dormir con él en el lecho en donde habían descansado siempre.

Continuaron viviendo riquísimos, gracias al tesoro que Siderol había desencantado, con el poder del diablo, a quien por fin engañó, con la proteción de la Santa Iglesia.

Siderol, al cabo de una existencia feliz, dio el alma al Creador en una vivienda que había comprado en Sabajares, a los 109 años de edad, dejando a la esposa con siete hijos, once nietos y tres biznietos.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.





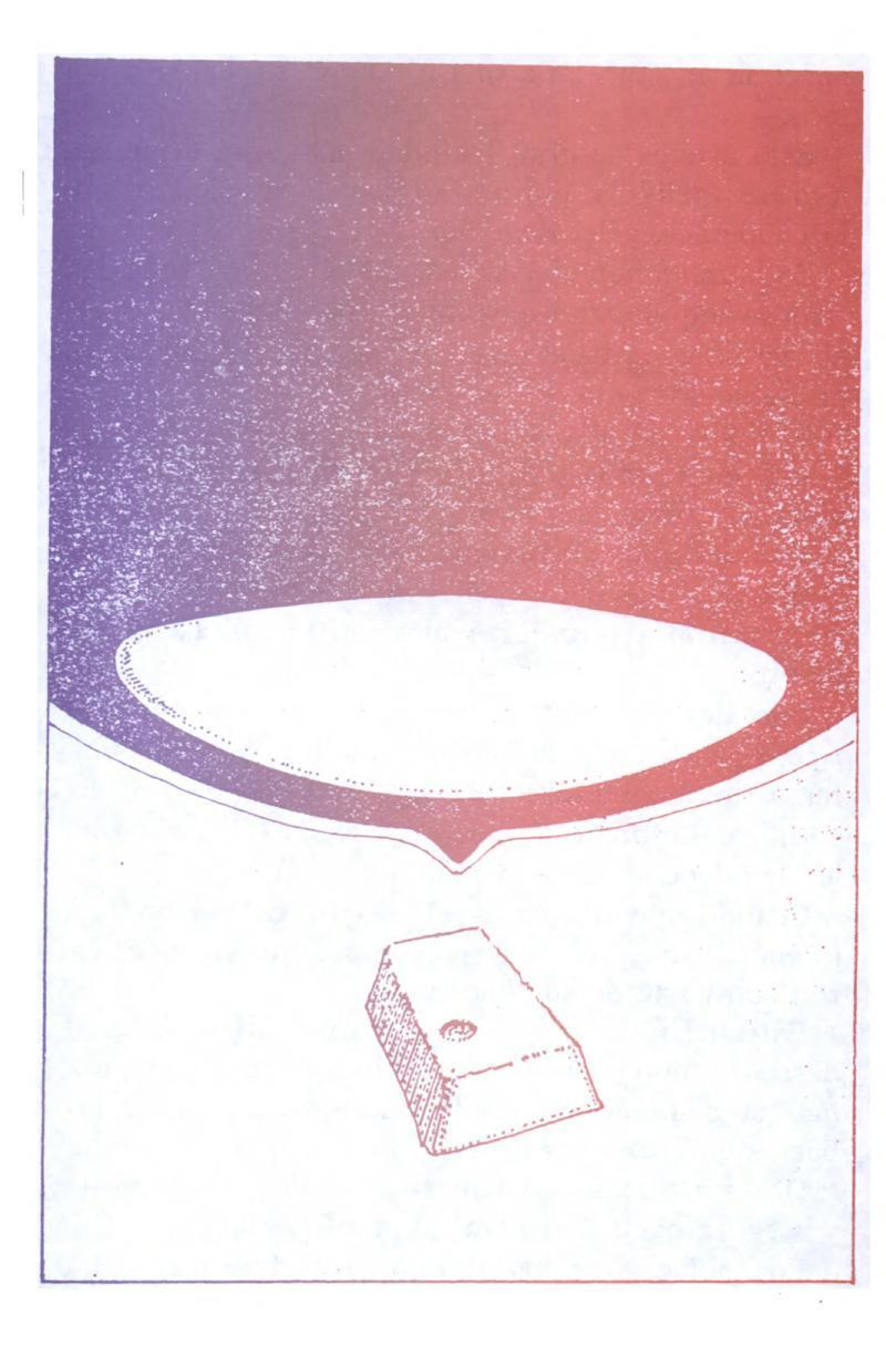
ECILIO Rodigenio, en su libro de *Crimini falsi,* refiere lo siguiente, sobre la fabricación de oro puro:

«Parece cosa innegable que se pueda hacer oro con artificio humano y diabólico, como profesan los alquimistas, ya que quien conociese y supiese unir los ingredientes simples, aplicando con la debida proporción *Activa Passicivis*, sin duda haría buen oro y otros materiales de valor, tal vez que los arrancados del centro de la tierra.

No faltan en los libros verídicos ejemplos que comprueben esta resolución.

Conocí hace pocos años a un francés, hombre pobre de extrema sagacidad, que inventó el modo de hacer cierta agua, con la cual se separaba el oro que estuviese mezclado con la plata o el bronce, y quizá sea esta agua la que se usa en Milán y otras tierras para destilar metales.

Yo creo piamente en este preparado, porque Juan Andrés, sabio canonista y maestro mío, refiere que



N Evora los moros vivían alegremente con su rey Praxadopel, y también los cristianos le tenían amor por el trato que a todos daba.

Muchas cosas hizo el rey Praxadopel para bien de su ciudad y fuera de ella, como fue hacer en Montemuro un castillo del cual quedan hoy tan sólo las ruinas, y se llama el castillo de Giraldo.

Al andar cavando para hacer este castillo se encontró la sepultura de Montemuro y una casa debajo del suelo, de seis varas de longitud y cuatro de ancho. Era el antro en donde la bruja Lagarrona hacía sus hechizos diabólicos.

En el medio de la casa había una cueva de la altura de un hombre. Por la parte de dentro estaba toda pintada en círculo de lagartos, culebras y lagartijas. En la parte de fuera, por los extremos estaban cuatro sapos de piedra muy al natural y entre sapo y sapo unas figuras de niños cada uno de ellos del tamaño de medio codo, en pie. Tenían en las manos unos haces de varillas con que amenazaban a los sapos. En una de las esquinas de esta casa estaba la figura de un monstruo que, desde la cabeza hasta la cintura, era hombre, y desde la cintura para abajo, serpiente enroscada. En la otra esquina estaba una tortuga, y encima de ella un cuervo que

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

escribiéndose todo se mandó poner en memoria en la librería de la ciudad que después de tomada por los cristianos se encontraron escritos muchos sentidos de astrólogos sobre estos encantamientos y obstruyéndose todo con fuertes cimientos, hicieron encima el castillo que al presente se llama de Giraldo.

A pocos pasos de este sitio tenía el rey Alvado una quinta en donde mandó hacer su sepultura para enterrarlo cuando muriese.

Moraba en esta quinta un hombre llamado Fausto, que tenía una hija muy hermosa, de la cual se enamoró un moro que era astrólogo y mago, de nombre Matacabel, y, robándola, la puso en una casa fuera de la ciudad, en donde moraba una mora también maga y encantadora que se llamaba Lagarrona. Esta mora tenía un hijo llamado Candabul, el cual viendo en casa a la cristiana se enamoró de ella, y así la guardaba de Matacabel, lo cual comprendiéndolo Candabul determinó llevarla para otra parte, lo que fue causa de perder la vida, porque yendo un día con esta determinación Candabul lo esperó en parte secreta y lo mató, enterrándolo en aquel lugar la que se quedó llamándose Matacabel, y hoy se llama Matacabelo.

Sabiendo la justicia este caso salió para prenderlo, pero su madre Lagarrona lo hizo invisible y de esta manera hizo convencer a la justicia de que él estaba ausente. Lagarrona había logrado por sus encantamientos que su hijo desapareciera por amor de una cristiana, y comprendiendo ser aquella que tenía en su poder pretendió hacerla mora para que su hijo casase con ella. La joven, sin embargo, dijo que sólo se alegraría viendo a sus padres, a lo que Candabul condescendió, acompañándola, y prometiendo volver a buscarla.

Los padres se alegraron mucho de ver a su hija, y determinaron casarla luego, antes que Candabul la volviese a ir buscar, el cual sabiendo esto fue a

muy despacio, y cuando se cerraba del todo, daba ella con el pie en el suelo y luego se volvía a abrir la mano.

En el suelo estaba pintado un signo-saimón (figura formada por dos triángulos entrelazados en forma de estrella, usada como talismán contra cualquier influencia funesta), y en el medio puesto un palo que llegaba hasta el tejado, cuyo palo tenía al pie dos ratones pegados a él y asegurándolo para no caer, porque este palo sustentaba una trabe grande en donde estaba colgada una piedra, como muela de molino con un agujero en el medio, cuya piedra se bajaba y levantaba muy lentamente, hasta que la bruja metía la cabeza por el agujero, en donde diciendo ciertas palabras aparecía un murciélago, y volando por la casa volvía otra vez la trabe a levantar la piedra. Volvía Lagarrona a hacer sus grimorios con manos y pies, y tornando a bajarse la piedra y diciendo las palabras con la cabeza dentro, venía otra vez volando el murciélago.

Las palabras que decía la hechicera afirman Gulpodio, Dicanio, Zurnio y otros autores antiguos, que eran las siguientes:

OLENTA IN PUS, NIGALO, NEGABUS
OLEOLAPOLAÓ, MERRINHAÓ, MERRINHAÓ
NHÁO, NHÁO, NHÁO!

Cuando la justicia llegó a verla, estaban dos murciélagos, y deteniéndose a acechar cómo ella hacía los hechizos, habían venido otros dos murciélagos y no queriendo esperar más entraron a prenderla y con el bullicio huyeron los sapos que aseguraban el palo, y soltándolo, cayó la trabe con la gran piedra, la cual dando en la cabeza a Lagarrona la mató, y se deshicieron todos los hechizos.

La justicia la puso colgada en aquel lugar, en donde estuvo hasta pudrirse, que fue en la casa en la que ella moraba y de allí en adelante se siguió llamando Lagarrona, tomando el nombre de esta

LOS Tesoros de Galicia, el Triángulo para el desencantamiento de los tesoros, los Poderes ocultos del odio y del amor, la Magia de los ombligos de Venus, el Arte de adivinar el futuro por la palma de las manos, la Receta para no tener hijos, la Hechicería del bollo dulce para hacer mal, la Receta para calentar a las mujeres frías o la Manera de conocer si la persona ausente es fiel... éstos y otros muchos prodigios y encantamientos podrá encontrar y utilizar en el maravilloso y gran *Libro de San Cipriano.*

ISBN 84-7600-054-5

